

## TEXTO Y REALIDAD: EL ANALISIS DE TEXTOS EN LAS CIENCIAS SOCIALES

*Margarita Rojas G.\**

En las ciencias sociales los investigadores se plantean a veces problemas que los llevan a analizar textos, escritos u orales, especialmente cuando se proponen el estudio de las ideologías y las mentalidades colectivas. Dentro de esta área, por otro lado, se ha desarrollado una técnica, el análisis de contenido, que desgraciadamente a veces se confunde con disciplinas como la lingüística, y la semiótica, y cuyos alcances se han demostrado insuficientes para resolver aquellos problemas.

Esta necesidad toca fronteras con esas disciplinas, que han desarrollado métodos y teorías específicas sobre el análisis de discursos de distinta naturaleza y que, a diferencia del análisis de contenido, brinda interesantes posibilidades para enfrentarlos.

De acuerdo con lo anterior, las ponencias de A. González, "El discurso oficial de los pequeños y medianos cafetaleros (1920-1940, 1950-1961)" y V. H. Acuña, "La ideología de los pequeños y medianos productores cafetaleros costarricenses (1900-1961)" propician la discusión, a la luz de la teoría semiótica del discurso, de algunos presupuestos fundamentales del análisis del texto hecho por los investigadores. Interesa sobre todo destacar en esta reseña los puntos comunes de ambas ponencias que permiten el análisis de esas premisas.

Si bien los investigadores formulan objetivos un tanto diversos, ambos llevan a cabo operaciones similares con los textos que estudian. González utiliza términos como "discurso", "códigos", "sujeto del discurso", etc., propios de las distintas teorías del discurso que se han desarrollado principalmente en el seno de la lingüística y la semiótica. Así,

---

\* Doctora en Letras Modernas, Universidad de Bologna Italia 1983. Profesora e Investigadora de la Escuela de Literatura, Universidad Nacional, Costa Rica.

pareciera a primera vista que el investigador se coloca dentro de esta perspectiva; sin embargo, tanto porque explícitamente lo manifiesta más adelante -"El análisis de contenido realizado muestra que..." (p. 14) - como por todo el trabajo realizado, es claro que hay una primera contradicción entre la naturaleza de este y aquella terminología. Esta contradicción ejemplifica no solo la confusión mencionada más arriba sino un modo particular de concebir y relacionarse con el discurso. Tanto el trabajo de González como el de Acuña son análisis de los *contenidos* de los textos y, por ello, se reducen a la parte manifiesta de estos y a su pura descripción, especialmente la ponencia de Acuña.

Con respecto a este asunto, es útil recordar que, en cambio, todo texto posee dos niveles, uno manifiesto o explícito y otro profundo o implícito. Especialmente en el estudio del aspecto ideológico se evidencia la interrelación de ambos niveles de análisis: "Lo explícito del enunciado aparece como la parte visible de un iceberg: hasta tal punto la información vehiculada implícitamente parece considerable en toda comunicación" (Greimas-Courtés, 1979: 216). Sobre todo es necesario recordar que :

*"El significado de un texto en efecto no está solo en su estructura lineal y explícita sino que, y a veces sobre todo, en lo que presupone, implícita, hace entender. En efecto, la manipulación de un discurso rara vez pasa por sus contenidos explícitos y manifiestos que, como tales, se pueden someter a pruebas, discusiones, invalidaciones. Más insidiosos son en cambio todos aquellos contenidos, valores, aserciones que, si bien no directamente, nos comunica un texto. Analizar un texto significa, por lo tanto, no solo interrogarse sobre lo que este dice sino también acerca de lo que sugiere, insinúa, deja entender" (Violi-Manetti, 1979: 136) (trad. mía).*

Si no se toma en cuenta este importantísimo concepto, se corre el riesgo de "crear" la palabra tal como aparece en una primera e ingenua lectura, de concebir el texto como un espacio plano y opaco, que no posee otra actividad más que repetir lo que su productor dice pero no lo que desca insinuar o hacer-crear. Además, el aplanar el texto a sus contenidos explícitos implica inevitablemente una reducción y, por lo tanto, una pérdida de los contenidos fundamentales para el análisis ideológico, como por ejemplo, los que más contribuyen a manipular la opinión del lector hacia los valores definidos como positivos por el texto y que generalmente permanecen ocultos.

Cuando el investigador analiza la palabra tal como le aparece, generalmente trata de someterla a la prueba de la verdad, es decir, verifica si lo dicho corresponde o no a la "realidad" histórica. Por ejemplo, González dice: "Como se vio anteriormente, los productores se represen-

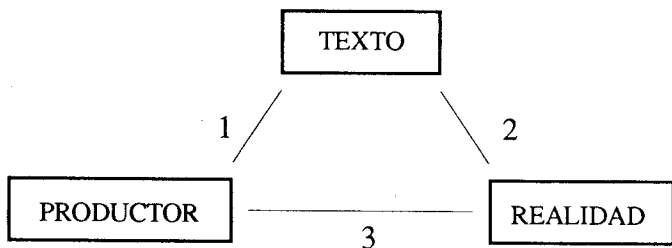
taban *inexactamente* a sí mismos y a los beneficiadores y exportadores en términos de las relaciones sociales dominantes en economías feudales..." (p. 16; subr. mío). Ambos análisis constantemente introducen datos históricos de las luchas de los caficultores y en esta alternancia -discurso/hechos- revelan, por un lado, la necesidad de estar verificando la correspondencia o inexactitud del primero con respecto a lo que realmente sucedió y, por otro, una concepción particular del discurso y la realidad, que trataré más adelante.

De la constante contraposición entre palabra y hechos, se derivan otros dos rasgos comunes de los análisis de Acuña y González: primero, la contradicción que encuentran los investigadores entre lo dicho y lo hecho o sucedido, y segundo, los elementos históricos que según ellos faltan en el discurso. Con respecto a lo primero, González dice, por ejemplo: "...esta construcción polarizada de atributos no es un reflejo en la conciencia social de las luchas y enfrentamientos de clases sociales" (p. 9); más adelante: "Existían...factores cognoscitivos (representaciones sociales) que *impedían* una apreciación *correcta* acerca de la naturaleza y dinámica del capital, que se confundía con la naturaleza y dinámica de la economía feudal" (p. 16; subr. mío). Luego, se plantea esta reveladora pregunta: "¿Qué relación existía entre el contenido de este discurso oficial de los productores y las condiciones reales y objetivas de la producción y comercialización del café de la época?" (pp. 17-18). Desde el punto de vista del investigador, el discurso tiene la capacidad de reproducir una situación real exterior, en una escala de exactitud variable. La distorsión de lo real proviene, según González, del efecto que los productores quisieran otorgarle al discurso, de modo que este pasa de discurso a recurso. "Pero la recurrencia a estos dos tipos de códigos como formas de manejo de la realidad social...no fue el único recurso empleado por los productores para enfrentar la crisis... A través de su discurso oficial, ...los productores recurrieron a la "colectivización de sus angustias, problemas y demandas..." (p. 17).

La necesidad de hacer corresponder discurso y acontecimiento remite a elementos que, de acuerdo con los investigadores, deberían aparecer: "Nunca en el discurso oficial de los productores de café se va a encontrar una referencia a que sus luchas por precios de liquidación justos fuesen expresión de las luchas de clases por el reparto de la renta agrícola de este sector de la producción agraria..." (p. 5); "... el código moral y el código mítico-religioso no fueron desarrollados en todas sus posibilidades de significación..."; "La utopía...podría haber sido alguna forma de nacionalismo o antiimperialismo, pero nunca apareció ni siquiera en germen en las manifestaciones de los productores entrevistados" (p. 31). Este rasgo se anota negativamente como una carencia del objeto estudiado, cuando en realidad debería analizarse como un mecanismo de reducción, típico de la ideología. Tanto lo que en el discurso de los caficultores se contrapone a los "hechos históricos" como los que de estos no

aparecen en aquel, debería hacer entrar en crisis esta concepción realista del discurso: ambos problemas encaran al investigador con un objeto que se resiste a ser considerado espejo, fiel a o distorsionador de una exterioridad a la que no pertenece.

Acuña y González separan discurso y realidad: si en esta se encuentran las luchas sociales, por ejemplo, el discurso se encarga de representarlas, como un reflejo en la conciencia. Al trabajo textual se le exige así una especie de construcción fotográfica de lo real, lo ideológico consistiría en su distorsión o falsificación. En el fondo, Acuña y González conciben estos elementos dentro de un trinomio:



Textos y productores quedan fuera de la realidad así concebida, la relación entre productor y texto (1) es inmediata y mecánica, la realidad se representa en el texto (2) y los productores tratan de manejar la realidad mediante el discurso (3). En este modelo hay una mezcla arbitraria de objetos de distinta naturaleza: primero que nada, es necesario no confundir el enunciador real y el enunciador del texto: los productores son seres históricos, empíricos, que posiblemente cambiaron de situación social, de opiniones, etc. y que murieron. El "yo" o el "nosotros" que habla en el texto es un sujeto de papel, un enunciador que permanece invariable mientras se conserve el texto, un sujeto real sólo en la discursividad que lo produce. Por lo tanto, no es pertinente desde el punto de vista metodológico confundir ambos sujetos.

En segundo lugar, ¿cómo se puede defender la idea de que los textos no son parte de la realidad? ¿Por qué el discurso del caficultor no puede ser considerado parte de las luchas sociales que estos libraron, por ejemplo, contra los beneficiadores o para presionar al Estado? ¿No es cierto que varias teorías de la ideología consideran el nivel o la región ideológica como una parte de la superestructura o de la realidad?

La realidad a que se refieren los textos de los caficultores no está fuera de estos; al contrario, es construida por ellos. Todo tipo de texto - literario, científico, jurídico, etc.- "se construye su propio referente interno y adopta un nivel discursivo referencial que sirve de soporte a los

otros niveles discursivos que despliega" (Greimas y Courtés, 1979: 337). O. Ducrot (1980) indica que tanto en los discursos "serios" como en los fantásticos, la palabra se presenta como separada de un universo u objeto distinto, al cual SE REFIERE, cuando más bien la palabra LO CONSTITUYE.

*"El referente de un discurso no es, por lo tanto, como a veces se dice, la realidad sino SU realidad, es decir, lo que el discurso escoge o instituye como realidad... La palabra, precisamente por el hecho que exige ser relacionada con algo real externo a ella, prohíbe concebir este real distinto de la imagen que se da de él.*

*La realidad, si no es el referente de un discurso, es muda, y, si es sureferente, parece condenada a reflejarlo. Sustraerse a este dilema ha sido uno de los intentos constantes de filósofos, lógicos y lingüistas" (Ducrot, 1980: 704 y 706).*

Así, Eco (1976) habla de falacia referencial cuando se confunde el significado de un significante con el objeto. El significado de una expresión es independiente de la presencia factual de los objetos o estados del mundo y se define como una unidad cultural, es decir, algo que una cultura ha definido como unidad distinta de otras. Desde este punto de vista, el discurso del caficultor se estudiaría no como un discurso que deforma la "realidad Costa Rica" sino como uno que trata de construir un significado particular de Costa Rica, seguramente de modo no totalmente coherente. El discurso es parte de la realidad, o, más bien, lo real es un efecto de la producción semiótica de sentido. Al invertir así las relaciones entre textos y "realidad", estos se develan como objetos de estudio más complejos que el ser simples instrumentos de representación falsa o verdadera- de la realidad.